

La memoria y la representación en la investigación histórica

Resumen

El presente artículo trata sobre memoria y representación,* intenta definir las nociones y establecer los diferentes desplazamientos en torno a su utilización en las ciencias sociales y específicamente en la historiografía, además pretende tender algunos puentes entre las acepciones, y visibilizar la fuerza de ambas. En la actualidad, los dos conceptos son utilizados ampliamente por los historiadores; la *memoria* se historiza y se usa como fuente en la historia del presente, y la *representación* es una de las categorías de análisis más importantes para la Nueva Historia Cultural. Entre las nociones existen correlaciones que permiten reflexionar sobre la posibilidad de analizarlas conjuntamente en determinados contextos, y cada una de ellas nos remite a la construcción de identidades y de cohesión social de las distintas sociedades estudiadas.

Palabras clave: historia, memoria, representación.

Memory and Representation in Historical Research

Abstract

This article is about memory and representation; it attempts to define concepts and establish the different movements in terms of their use in social sciences, especially in historiography; the paper also aims at building some bridges between meanings and visualizing the strength of both concepts. Nowadays, the two concepts are widely used by historians; memory is historicized and used as a source in the history of the present, and the representation is one of the most important categories of analysis for the New Cultural History. There are correlations between the notions that allow us to reflect on the possibility of analyzing them together in certain contexts, and each one refers to the construction of identity and social cohesion of the different populations studied.

Key words: History, memory, representation

Nancy Yohana Correa Serna. Historiadora de la Universidad de Antioquia. Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, y candidata a doctora en Historia de la misma universidad. Becaria de Colciencias. Miembro del grupo de investigación "Prácticas, saberes y representaciones en Iberoamérica". Correo electrónico: correax9@hotmail.com

* Agradezco a mi asesora de tesis de doctorado, Diana Luz Ceballos Gómez, y a mi colega Joan Manuel Largo Vargas por los aportes y las críticas al presente artículo.

La memoria y la representación en la investigación histórica

Nancy Yohana Correa Serna

Presentación

Tanto representación como memoria son nociones que remiten al lugar de la ausencia, es decir, dan presencia a lo ausente confirmando su ausencia. El concepto de representación, usado por primera vez a finales del siglo XIX por Émile Durkheim, se asemeja a otros utilizados y difundidos por las ciencias sociales en el transcurso del siglo XX, entre ellos hecho social, imaginarios, ideología, aparatos ideológicos y mentalidades. De las anteriores categorías se nutrió la Nueva Historia Cultural para construir una de sus herramientas de análisis más importantes, la *representación*, la cual propicia unas reflexiones diferentes sobre la experiencia, los significados y el conjunto de valores compartidos por las culturas estudiadas. Por su parte *memoria*, si bien implica evocación de lo pretérito, es construida y reelaborada constantemente por el sujeto y por las sociedades protagonistas de las experiencias. Pese a lo anterior, entre *representación* y *memoria* se pueden establecer algunas intersecciones, pues si se estudian los presentes, tal como lo propone François Hartog con sus regímenes de historicidad, o si se reflexiona sobre las comunidades interpretativas propuestas por Krzysztof Pomian, en últimas se está haciendo un análisis de unas representaciones que en parte son la memoria colectiva de dichos presentes.

Recibido: octubre de 2015, aprobado: 30 de noviembre de 2015.

Memoria y representación

En las últimas décadas del siglo xx aumentaron los estudios históricos sobre la memoria, enmarcados en la denominada historia del presente.¹ Esta emergencia de la memoria permitió ampliar la comprensión de los problemas del presente, pues visibilizó temas que la historiografía había mantenido en silencio, como la situación de las víctimas de los múltiples conflictos armados que se dieron en dicha centuria.² Si bien la memoria ha sido fundamental en la construcción de los sujetos y de las comunidades desde la Grecia arcaica, en donde antes de la adopción y la difusión del alfabeto se le atribuyó un carácter divino a Mnemosine (Vernant, 2002), es decir, a la memoria, la distinción entre memoria e historia, planteada desde la consolidación de esta última como disciplina en la Europa de finales del siglo xix, sentó unas bases que diferenciaron claramente los límites entre una y otra, y el lugar que ocuparían en adelante. Así, a finales de dicho siglo y en los albores del xx, algunos autores oponían memoria e historia, apreciación que se fue transformando paulatinamente a medida que se trazaban las diferencias entre una y otra y se contemplaba la posibilidad de considerarlas complementarias o inclusive a la memoria como materia del análisis histórico,³ tal como lo afirmaran en sus textos Tzvetan Todorov y otros historiadores.⁴

Aunque el concepto de memoria es polisémico, en su definición más general se utiliza para caracterizar diferentes fenómenos individuales y sociales vinculados al recuerdo y a la utilización de los mismos. Además, dicha memoria, tanto individual como colectiva, hace referencia a la “capacidad de conservar y actualizar informaciones pasadas, informaciones que mediante el lenguaje escrito o hablado pueden volverse objeto de una acción comunicativa” (Sánchez, 2000: 21), teniendo en cuenta que esta capacidad reside en la necesidad de conservar y de olvidar hechos o acontecimientos de carácter individual o colectivo. De esta manera, la memoria se convierte en una construcción selectiva, hecha en función de las urgencias del presente (2007), que posibilita la construcción de identidad

1 Véanse: Soto Ángel, 2006, y Aróstegui, 2004.

2 Para el historiador François Hartog (2012: 209), en Europa “se perciben ascensos e impulsos de la memoria después de 1820, alrededor de 1880, antes y después de 1914, y desde mediados de los años 1970”.

3 Véase: Ricoeur (2000).

4 Algunos de esos textos de Todorov son: *Los abusos de la memoria* (2000), *La memoria, ¿un remedio contra el mal?* (2009), y “La memoria tiene una potencia que la historia no alcanza”, entrevista con Todorov, (Gascón, 2015).

de los sujetos y contribuye a la cohesión social de las comunidades. No solo se encarga de seleccionar; también construye, pues cada vez que se recuerda se reorganiza lo evocado.

En el libro póstumo de Maurice Halbwachs,⁵ *La memoria colectiva* (2004), publicado en 1950, se afirma que esta se construye con datos o nociones semejantes que se encuentran en individuos que comparten un sistema de significaciones comunes en determinado contexto, que para él constituye los marcos sociales de la memoria, materializados en la familia y otras instituciones, en las cuales se fijan los recuerdos y los posteriores significados. En este sentido, “la memoria colectiva es el recuerdo o conjunto de recuerdos, conscientes o no, de una experiencia vivida y/o mitificada por una colectividad viva, de cuya identidad forma parte integrante el sentimiento del pasado” (Araújo, 2011: 175-176). Son los testimonios que conservan las comunidades, los cuales no asumen la misma función en sociedades sin escritura que en sociedades alfabetizadas o mixtas, en las cuales, además, se debe tener en cuenta la forma diferenciada de recordar según la clase, el género, la etnia y la edad, etc. Según Halbwachs (2004: 55), la memoria colectiva se diferencia de la memoria histórica en que esta última puede entenderse como una memoria social, exterior, que condensa la individual y la colectiva, las cuales a su vez forman parte de la historia en general. Dicha definición fue considerada problemática por historiadores como Pierre Nora y Paul Ricoeur; para este último la noción se prestaba para confusiones con la de memoria colectiva, confusión que apenas se diluye cuando la memoria se convierte en objeto de estudio para la historia, pues la memoria no puede ocupar el lugar de la historia, y viceversa.

Por otro lado, para Todorov (Gascón: 2015: 16) existen dos formas de reminiscencia, una literal y otra ejemplar. La primera somete el presente al pasado, lo que implica riesgos que pueden llevar a que se realicen “reivindicaciones en nombre del pasado como si constituyera una justificación”, es decir, convierte en insuperable el viejo acontecimiento. Por su parte la memoria ejemplar por lo regular sirve a un deber de verdad o de justicia, tal como ocurre con algunas víctimas de conflictos armados, que se convierten en sujetos de derecho y utilizan la memoria, entre otros fines, a favor de transformaciones políticas en función de garantías de no repetición. Según el autor, no hay que reducir la memoria a un solo elemento; se debe optar por un camino intermedio entre

5 Maurice Halbwachs publicó en 1925 un estudio sobre la estructura social de la memoria, el cual, según Peter Burke (2006), causó gran impresión en Marc Bloch.

la literal y la ejemplar (Gascón, 2015: 16). Las diferentes formas o los usos de la memoria propician diversas funciones, algunas de ellas, citadas por el sociólogo Gonzalo Sánchez Gómez, son: la memoria épica, la memoria cotidiana, la memoria de celebración y exaltación, y la memoria de vacíos y de ausencias. En la memoria épica se promueven hechos y personajes fundadores, que bien pueden relacionarse con la memoria de celebración y exaltación del pasado, la cual se materializa en los monumentos, los mausoleos, los carteles y los templos, entre otros, denominados por Pierre Nora como *lugares de la memoria*. En la cotidiana, referida al hombre común, su visibilización, según Jacques Le Goff, es una lucha por la democratización de la memoria social, de una memoria común que, según Ignacio Olábarri, “reaparece en la evocación de las luchas, pero que es diferente de una memoria colectiva, perceptible solamente a través del funcionamiento de una acción consciente de rememorización en el interior del grupo, que puede producirse o no producirse” (Olábarri, 1996: 161). Por su parte la memoria de ausencias se refiere a la de quienes han sido víctimas de conflictos armados y de otros tipos de violencia (Sánchez, 2000: 22), para quienes la memoria se presenta como una gran posibilidad “ante los embustes de la represión o del silencio oficial” (Henríquez, 2011: 9).

Dichas funciones generan la evocación o el olvido de los acontecimientos,⁶ lo que se denomina “políticas de la memoria”, las cuales constituyen un medio de dominación de unos grupos sociales sobre otros, para determinar qué recordar y qué no, de acuerdo con los intereses de construcción de una conciencia histórica de cualquier nación. Las políticas de la memoria se pueden contar entre los abusos que se cometen contra la misma, pues remiten a un control de la información de los regímenes políticos para diferentes fines, entre ellos reforzar el orgullo nacional, regional o local. Dicho control sobre la memoria pone de manifiesto otros problemas señalados con su uso como fuente de la historia, entre ellos la aspiración a que la memoria sea verdadera. Sobre el tema han reflexionado varios autores, entre ellos Paul Ricoeur, quien en su libro *La memoria, la historia, el olvido* (2000) plantea cómo el recuerdo implica la presencia de una cosa que está ausente. Sin embargo, afirma Ricoeur, ese recuerdo se transforma en un testimonio involuntario o voluntario, que antecede al documento y que tiene una gran

6 Al respecto, afirma Joël Candau que “Solamente después de haber experimentado el olvido, los individuos son capaces de apreciar el recuerdo; los grupos y las sociedades construyen su identidad jugando permanentemente con dos registros: por una parte, el deber o necesidad de memoria que puede ser una condición del intercambio y de la reciprocidad; por otra parte, el deber o la necesidad del olvido” (2002. 7).

importancia en la vida social, pues de él se desprende un vestigio que es la declaración de que aquello existió. De esta manera, el testimonio se presta a un análisis crítico en la medida que se confronta con otros testimonios, con otros vestigios.

Así, la memoria se convierte en objeto de estudio de la historia cuando se deja de pensar en historia-memoria para hablar de historia-problema, lo cual se le debe a las Nuevas Historias. Esta nueva mirada sobre la memoria implicó “renunciar a una temporalidad lineal, causalista y mecanicista, dejando la vía a un enfoque [...] que permite un análisis ya no de las continuidades de la memoria, sino de las discontinuidades de la historia” (Araújo, 2011: 177). Teniendo en cuenta lo anterior, se pueden precisar tres diferencias entre historia y memoria, señaladas por Roger Chartier en *La historia y la lectura del tiempo* (2007b). La primera se refiere a la oposición entre el testimonio, que es inherente al testigo, y el documento, que “da acceso a acontecimientos que se consideran históricos y que nunca han sido el recuerdo de nadie” (Chartier, 2007b: 35). La segunda opone la inmediatez de la reminiscencia a la construcción de la explicación histórica, y la tercera enfrenta el reconocimiento del pasado y la representación del pasado, en la cual la “memoria se opone a la intención de verdad de la historia, basada en el procesamiento de los documentos, que son huellas del pasado, y en los modelos de inteligibilidad que construyen su interpretación” (36). A las anteriores diferencias se suma la planteada por François Hartog, para quien en la historia, “aquella correspondiente al concepto moderno de historia, aquella sobre la cual el mundo se apoyaba en el siglo XIX” (2012: 212), se mira el pasado a la luz del futuro, mientras que en la memoria se observa el pasado a la luz del presente, lo que implica una relación muy disímil con el futuro (213), pues la memoria, tal como se precisó anteriormente, se usa con fines políticos en el presente, mientras que la historia no juzga, trata de explicar y de comprender los cambios de una época.

Así, la historia, entendida como representación del pasado, se acredita por medio de lo que se ha denominado como la operación historiográfica, la cual transita por tres fases: el establecimiento de la prueba documental, la construcción de la explicación y la puesta en forma literaria, pilares por los cuales el historiador circula simultáneamente en su intento de aproximación a la realidad del pasado, que puede ser un intento por reproducirlo o replicarlo, lo cual para Paul Ricoeur (2002) siempre es inalcanzable.

Pese a los alcances y las limitaciones de la memoria, Todorov afirma que “la memoria tiene una potencia que la historia no alcanza porque la primera se funda sobre una vivencia interior, mientras que la segunda busca objetivar en la medida

de lo posible y no descansa en el relato del individuo sino en el acopio de datos históricos y cifras que permiten probar que la situación era así, pero no dicen cómo vivía la gente” (Gascón, 2015: 18), razón por la cual son necesarias las dos, pues al nutrirse la una de la otra, la historia enriquece su discurso con la experiencia vivida por los sujetos estudiados. De acuerdo con Todorov, aunque sean complementarias, no es suficiente la memoria en el proceso de la operación historiográfica.

Con todo y las diferencias señaladas anteriormente entre memoria e historia, y si nos acogemos a los postulados de Todorov, quien afirma que son complementarias, podemos remitirnos al trabajo de Pierre Nora sobre los *lugares de la memoria*, el cual es un claro ejemplo de cómo se convierte la memoria en análisis de la historia. La anterior investigación se relaciona con las nuevas formas de análisis, que empezaron a sistematizarse en la historiografía en los años setenta. Así, con la publicación del diccionario de *La Nueva Historia* en esa época, Nora volvió sobre el concepto de memoria colectiva de Halbwachs, desde el cual avanzaría en su propuesta de *lugares de la memoria*, en los que, sean topográficos, monumentales, simbólicos o funcionales, una sociedad guarda voluntariamente sus recuerdos, los busca y los reencuentra. Dichos lugares son construidos por la interacción entre la memoria y la historia (Araújo, 2011: 177). Para Nora, la ola memorial que apareció en la década del setenta era síntoma de una crisis, que se debía en gran medida a una conciencia con la ruptura del pasado y a una memoria desgarrada. Tal crisis respondía a la ruptura entre memoria e historia, a la constatación de la pérdida de una tradición de la memoria y a la memoria como cautiva de la historia. En este contexto, *Los lugares de la memoria*, con sus procedimientos y métodos, buscaba instaurar un tipo de memoria “contra-conmemorativa”, objetivo opacado por el significado, la función y el uso que se le dio al concepto a lo largo del tiempo, el cual se utilizó generalmente para justificar y conmemorar todo tipo de hechos históricos.

Los lugares de la memoria de Nora fueron el precedente de un desplazamiento posterior en torno a la pregunta por la memoria como objeto del análisis histórico. En este sentido, los historiadores Krzysztof Pomian y François Hartog se preguntaron por el complejo problema de cómo partir del presente para historizar las relaciones entre la historia y la memoria en otros presentes, pues según los autores, todo acto de recuerdo se realiza en un presente. Sobre el tema, Pomian se cuestionó por las relaciones entre memoria e historia en la larga duración, y la emergencia de las memorias colectivas, nacionales y locales, que sitúan a la reflexión de la memoria en una historia del presente (Pomian, 1998). Para él, el discurso historiográfico y la memoria colectiva “forman comunidades

interpretativas, por lo tanto, la construcción de significados se produce en la sociedad por medio de consensos, redes de sociabilización y de instituciones” (Araújo, 2011: 185).

Por su parte François Hartog se preocupa por la manera en que las sociedades se representan y elaboran su relación con la temporalidad. Para tal efecto, plantea los regímenes de historicidad, en los cuales, partiendo de nociones ya planteadas por Koselleck, propone hacer historia pensando el pasado como un “presente pasado”, es decir, historizar “en la larga duración, no ya las relaciones entre historia y memoria, sino las formas en que las sociedades articulan las categorías de presente, pasado y futuro” (Araújo, 2011: 186). Lo anterior implica poner de manifiesto la reflexión sobre el tiempo en la historiografía, en la cual Hartog se interesa por analizar las formas de articulación entre el presente, el pasado y el futuro, con la intención de observar otros presentes para cuestionarse sobre cómo estos producen o piensan su relación con el pasado y el futuro, una relación originada en la convicción de que siempre, cuando recordamos o proyectamos, lo hacemos desde nuestro presente (187). Con el fin de reflexionar sobre las anteriores formas de articulación entre el presente, el pasado y el futuro, Hartog tomó del historiador alemán Reinhart Koselleck el concepto de espacio de experiencia y horizonte de expectativa,⁷ en el cual la experiencia es el pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados, y expectativa es el futuro hecho presente que apunta a lo no experimentado, a lo que solo se puede descubrir. Dicho concepto remite a las dimensiones del tiempo planteadas por el mismo autor, para quien todo tiempo es presente, pues solo existe futuro como futuro presente, y pasado como pasado presente, lo que implica que las tres dimensiones del tiempo se anuden en el presente de la existencia humana (Koselleck, 2001: 117). Dicho futuro corresponde con lo que algunos filósofos como Paul Ricoeur y Raymond Aron denominan “devolverle la incerti-

7 Según Reinhart Koselleck, “la experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya, estar presentes en el saber. Además, en la propia experiencia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena, [...] la expectativa: está ligada a personas, siendo a la vez impersonal, también la expectativa se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que solo se puede descubrir. Esperanza y temor, deseo y voluntad, la inquietud pero también el análisis racional, la visión receptiva o la curiosidad forman parte de la expectativa y la constituyen” (1993: 333-357).

dumbre a la historia”, una manera de comprender el lugar de los protagonistas de los hechos del pasado sin una visión teleológica, porque comprender dicho lugar requiere detenerse en el análisis de las herramientas que utilizan los individuos en sociedad para darle presencia a lo ausente, es decir, las representaciones.

El concepto de representación fue utilizado por primera vez en 1898 por Émile Durkheim, quien en su ensayo sobre representaciones individuales y representaciones colectivas afirmó que la vida colectiva y la vida mental del individuo se constituían de representaciones. Cinco años después, junto con Marcel Mauss, publicó el texto “De ciertas formas primitivas de clasificación”, que se centró en analizar las formas de distinción de algunas tribus australianas y norteamericanas para reflexionar sobre la capacidad clasificadora con la que el pensamiento da forma al mundo, lo cual es representar. Así, Mauss y Durkheim sentaron las bases para una nueva herramienta de conocimiento, que en adelante se utilizaría como representación.

Si bien el concepto fue utilizado desde finales del siglo XIX, la apropiación del mismo en la historiografía corrió por cuenta de la Nueva Historia Cultural, la cual desde la década de los ochenta, nos recuerda Diana Luz Ceballos, se ha constituido como

la historia de las prácticas y las representaciones [que] pone su acento y mayor atención en el estudio de las lógicas y las racionalidades, que se tejen en determinados grupos humanos, en las estrategias de construcción de sus mundos y en cómo se producen y se apropian esas representaciones y esas prácticas culturales —sociales diría Bourdieu— en una lucha simbólica por imponer, precisamente, formas de clasificación, que son las que en últimas se constituyen como cultura dominante (Ceballos, 2009: 23).

Una definición que retoma los planteamientos de Durkheim, Mauss y, por supuesto, de Pierre Bourdieu, para quien las representaciones “cumplen un papel en la constitución de los órdenes y las relaciones sociales, en la orientación de los comportamientos colectivos y en las posibilidades de transformación del mundo social” (Ceballos, 2009: 23), una transformación que es posible, según el sociólogo, por las luchas de representación y clasificación, las cuales aluden constantemente a unas formas de dominación perpetuadas por dichas representaciones, que fundan la legitimidad de las mismas. Así, las representaciones presumen una distinción entre lo que se representa y lo que es representado, y su sentido depende de cada sociedad y de cada momento histórico, pues siempre están supeditadas a cambios que requieren que el investigador realice un serio ejercicio de interpretación al volver presente lo ausente a través de la narración.

Según Roger Chartier, no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos le dan sentido al mundo en el que viven. Su tesis consiste en construir la noción de representación como el instrumento esencial del análisis cultural, y otorgarle una pertinencia operativa a uno de los conceptos centrales manejados en estas mismas sociedades. En este sentido, la representación puede entenderse como la relación de interdependencia que opera entre “una imagen presente y un objeto ausente”, que ha servido para estructurar todo el pensamiento clásico (Chartier, 2005a).

Los anteriores postulados rompieron con los que habían gobernado la historia de las mentalidades, la cual se consolidó en los años sesenta y setenta como una nueva posibilidad de hacer una historia diferente a la económica, la política y la social. El interés de dicha historia fueron las mentalidades colectivas y, según Jacques Le Goff (1974: 85), se situó en un “punto de conjunción de lo individual con lo colectivo, del tiempo largo y de lo cotidiano, de lo inconsciente y lo intencional, de lo estructural y lo coyuntural, de lo marginal y lo general”, situación que la ubicó en una posición ambigua y que le mereció múltiples críticas por pretender abarcar el espíritu de una época y considerarlo como homogéneo y único. En este sentido, se puede establecer un desplazamiento entre mentalidad y representación, teniendo en cuenta que en la segunda noción, tal como lo señala Chartier, es posible “privilegiar el uso individual más que las desigualdades estadísticas; tomar en cuenta, contra la supuesta eficacia de los modelos y de las normas culturales, las modalidades específicas de su apropiación; considerar las representaciones del mundo social como constitutivas de las diferencias y de las luchas que caracterizan a las sociedades” (2005: 21).

Para la historiografía, las representaciones son el objeto de la representación histórica, lo que implica una doble dimensión de la categoría. Con respecto a la representación del pasado como conocimiento histórico, se han planteado varias posiciones a partir del denominado *giro lingüístico*, el cual puso en el centro del debate la forma que había predominado hasta entonces para hacer historia. En dicha forma se evidenciaba la continuidad entre los acontecimientos (el pasado) y los hechos (forma de representación), desprendiéndose de ello una relación del investigador con el pasado que plateaba una correspondencia entre la realidad histórica y la narración histórica. Tal concepción del trabajo del historiador permitía establecer equivalencias entre el presente y el pasado, que imposibilitaban reconsiderar la experiencia humana en términos de una aprehensión discursiva de la realidad (Henríquez, 2011: 1-11).

Con el fin de superar tal dificultad, algunos autores afirmaron que la continuidad señalada era difícil de sostener debido a que el pasado no podía ser representado por la palabra, y que era necesario comprender que había una discontinuidad entre acontecimientos y hechos. Lo anterior se demostraba con los límites que, según ellos, presentaba el historiador en el momento de intentar reflejar el pasado en un relato, pues no alcanzaba a evidenciar la relación entre dicha narración y el pasado. Tales postulados fueron criticados por despojar de veracidad al texto histórico, y por considerar la imposibilidad de comprender la experiencia humana a través de la narración, la cual, según Paul Ricoeur, sí tiene una estructura narrativa, lo que permitiría equiparar experiencia y lenguaje. Así, aunque no se trate de la realidad misma, se puede considerar como una aproximación a ella, en la cual se intenta comprender y producir un conocimiento apropiado y controlado, historia que según Chartier es un discurso que pone en acción construcciones, composiciones, figuras, que son las mismas de toda escritura narrativa y también de la fábula. Pero es también una práctica que, al mismo tiempo, produce un cuerpo de enunciados científicos, si uno entiende por ello la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permiten controlar operaciones proporcionadas a la producción de objetos determinados (2001: 206).

En últimas, dicha producción se alcanza a través de la operación historiográfica, por medio de la cual representación y memoria se articulan para ayudarnos a comprender la actividad humana desarrollada en los diferentes presentes que sean objeto de estudio.

Algunas consideraciones finales

Memoria y representación no solo comparten una misma función, la de darle presencia a la ausencia;⁸ además existen entre ellas otro tipo de correlaciones que permiten reflexionar sobre la posibilidad de analizarlas conjuntamente en determinados contextos. Tanto la memoria colectiva como las representaciones colectivas obligan al historiador a pensar en la construcción de identidades y de cohesión social. Si bien la primera se materializa por medio del testimonio y la segunda por las imágenes y los textos—documentos que den noticias de ellas—, cada categoría permite acercarse a los significados y los sistemas de valores comunes de las distintas culturas estudiadas. Es más, se coproducen constantemente, al estar interactuando en la

8 Véanse: Lefebvre, *La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones*, 1983; y Enaudeau, *La paradoja de la representación*, 1999.

necesidad imperiosa de las representaciones de moldear la memoria colectiva, la cual está compuesta de un fondo cultural común; no solo es receptiva, sino que tiene la suficiente capacidad de agencia para transformar dichas representaciones, las cuales, a su vez, construyen y transforman el sentido común que subyace en la memoria colectiva.⁹ Por otro lado, cada una de las nociones constituye unos espacios de luchas o enfrentamientos que construyen el mundo social, luchas que se asocian con dominaciones tanto simbólicas como materiales, en las cuales se pretende perpetuar algunas representaciones o decidir qué recordar y qué no en el marco de la memoria, lo que se evidencia en políticas, lugares y usos. Dichas estrategias de dominación develan unas relaciones de poder desiguales, que deben posicionarse como objetos de un análisis crítico y diferenciado de los problemas históricos.

Esa construcción del mundo social, por los individuos o las sociedades en el tiempo, nos recuerda varias preguntas que se intentó responder en el presente ensayo: ¿por qué y para qué recordar?, y ¿por qué y para qué representar?, inquietudes que nos remiten necesariamente a la función social de la historia, pero también a la relación que cada sociedad tiene con su devenir histórico, con su presente y con su pasado, pues se recuerda y se representa para saberse sujeto, para saberse comunidad y para comprender el lugar que se ocupa en el espacio. Las dos nociones son imprescindibles hoy en el trabajo del historiador, que ha reflexionado constantemente por la operatividad de las mismas para comprender otros presentes. Así, los desplazamientos de la noción de memoria colectiva a un uso de la misma como objeto de la historia, y de mentalidades a representaciones, han enriquecido el discurso histórico al posibilitar la comprensión de la experiencia humana. Experiencia que a través del análisis de la vivencia interior del individuo y de las sociedades, y de la producción de prácticas y estructuras que dan sentido al mundo, permite acercarse a la construcción de significados producidos en sociedad. Estos significados circulan en medio de consensos, de luchas, de redes de sociabilización y de instituciones, posibilitando un acercamiento más dinámico a los problemas de investigación, que es posible gracias a la fuerza de ambas nociones.

Referencias bibliográficas

- Araújo, Alejandro. 2011. "De la historización de la memoria a la historización de las experiencias del tiempo: Nora, Pomian, Hartog". En: *Cátedra Edmundo O'Gorman. Teoría de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 173-193.

9 Véase: Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, 1993.

- Aróstegui, Julio. 2004. "La historización de la experiencia". En: *La historia vivida. Sobre historia del presente*. Madrid: Alianza, pp. 19-187.
- Bourdieu Pierre. 1993. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- . 2001. *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.
- Burke, Peter. 2006. *La revolución historiográfica francesa*. Barcelona: Gedisa.
- Candau, Joël. 2002. *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ceballos Gómez, Diana Luz. 2009. Prácticas, saberes y representaciones: una historia en permanente construcción. En: *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia, 1849- 1960*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Chartier, Roger. 2001. La historia entre relato y conocimiento. *Revista Historia y Espacio*, Cali, N.º 17, p. 206.
- . 2005a. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- . 2005b. *El pasado en el presente. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México: Universidad Iberoamericana.
- . 2007a. "El pasado en el presente. Literatura, memoria e historia", en *Historia, antropología y fuentes orales* N.º 37. Barcelona, pp. 127-140.
- . 2007b. *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa.
- . 2013. El sentido de la representación. *Pasajes, Revista de Pensamiento Contemporáneo*, N.º 42, Valencia, pp. 39-51.
- Enaudeau, Corine. (1999). *La paradoja de la representación*. Buenos Aires: Paidós.
- Gascón, Daniel. 2015. "La memoria tiene una potencia que la historia no alcanza". Entrevista con Tzvetan Todorov. *Letras Libres*, México, junio, pp. 15-20.
- Halbwachs, Maurice. 2004. *La memoria colectiva: Zaragoza*: Premsas Universitarias de Zaragoza.
- Hartog, François. 2010. "El historiador en un mundo presentista". En: *Historiadores, ensayistas y gran público 1990-2010*. Buenos Aires: Biblos.
- . 2012. Memoria e historia: entrevista con François Hartog. *Historia Crítica*, Bogotá, N.º 48: 208-214.
- Henríquez Vásquez, Rodrigo. 2011. "Los hechos, los acontecimientos y la memoria", Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 1-11.
- Koselleck, Reinhart. 1993. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- . 2001. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.
- Largo Vargas, Joan Manuel. 2013. Imaginarios y representaciones sobre el pueblo. Cali 1945-1950, monográfico para optar al título de historiador, Cali: Departamento de Historia, Universidad del Valle.
- Le Goff, Jacques. 1974. "Las mentalidades. Una historia ambigua". En: *Hacer la historia*. Barcelona: Laia.
- Lefebvre, Henri. 1983. *La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Olábarri, Ignacio. 1996. La resurrección de Mnemósine: historia, memoria e identidad. En: *La nueva historia cultural: la influencia del posestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid: Universidad Complutense, pp. 145-175.

- Pomian, Krzysztof. 1998. De l'histoire, partie de la mémoire, à la mémoire, objet d'histoire. *Revue de Métaphysique et de Morale*, N.º 1: 63-110.
- Ricoeur, Paul. 1999. Resguardar las huellas. *Humboldt*, N.º 127: 6-9.
- . 2000. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2002. Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico. En: *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, pp. 24-29.
- Sánchez, Gonzalo. 2000. Memoria, museo y nación. En: *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá: Ministerio de Cultura, pp. 21-29.
- Silva, Renán. 2007. Comunidades de memoria y análisis histórico. En: *A la sombra de Clío*. Medellín: La Carreta Histórica.
- Soto, Ángel. 2006. *El presente es historia*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Todorov, Tzvetan. 2000. *Los abusos de la memoria*. Buenos Aires: Paidós.
- . 2009. *La memoria, ¿un remedio contra el mal?* Barcelona: Arcadia.
- Vernant, Jean-Pierre. 2002. Historia de la memoria y memoria histórica. En: *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, pp. 20-24.